

La cuarta parte, cardinal en nuestro parecer, recrea a *Los hombres*. Sus procedencias, el reclutamiento, el fuero militar, las ordenanzas como arranque de la legislación militar, el uso de las armas de fuego cuando no desempeñaban funciones, la sanidad, hasta la jerga del simple soldado (“haciendo gente”, “reformular”, “bisoño”, “aventajado”, “matamoros”, “rajabroqueles”, “tornillazo”³, “guzmanes”, “electos”, “capear”, etcétera), y otras tantas peculiaridades, dejan al lector el gusto de lo que realmente sucedía en la intimidad de aquellos tiempos tan duros, que confluían en el retiro, la muerte o... la gloria. Entender a *Los hombres* significa, más allá de todo, comprender el trasfondo histórico desde el comienzo.

Tras una notable impresión de despliegues, batallas, fortificaciones, arcabuces, picas y mosquetes, maniobras, escudos, maravedíes y florines, desazones y rigores, quedamos satisfechos pero con deseos de saber más. Leer lo que ocurrió después de 1700 nos entusiasma, pues lo que aconteció en las Indias y hasta el siglo XIX, nos acercaría a nuestras tierras y a aquella vida y formación castrense que profesaron nuestros militares, como San Martín, Alvear, Zapiola y tantos otros, formados en una escuela de disciplina, experiencia y honor. El doctor Martínez Ruiz tiene aquí su desafío.

ENRIQUE DICK

JORGE EMILIO GALLARDO, *Geografía de la infancia*, Buenos Aires, Idea viva, 2008, 177 pp.

La brevedad física de este libro podrá engañar a primera vista al lector, pero a medida que avance en su lectura se dará cuenta de que está frente a una excelente pintura de lo que fue, en la larga segunda mitad del siglo pasado, el estilo de vida de un sector de la sociedad argentina, el emergente del patriciado. El resultado es más interesante porque el autor no pretendió hacer un ensayo sociológico ni un “estudio de caso” —¿o deberíamos decir “un caso de estudio”?—. Jorge Emilio Gallardo se propuso, simplemente, rescatar las vivencias de su infancia en el marco de su familia, como había hecho respecto de otros estadios de su vida, en el precedente *Antes y después de La Chacra*. En este sentido, es definitoria una frase de la primera página de la obra: “Al cabo y tras andar compruebo que no hubo tránsito entre mis sucesivos reinos sino que siempre estuve en casa, sin salir de ella”.

³ Tornillazo: deserción.

El libro está escrito desde adentro de sí. Con contenido humor, con sagacidad, con espíritu crítico y con ternura. No es fácil combinar estas dos últimas condiciones, especialmente si se habla del propio padre, pero Gallardo logra describir a don Guillermo –que fue académico de la Historia y director del Archivo General de la Nación– típico representante de la intransigencia nacionalista de buena parte de la dirigencia católica de su tiempo y padre amantísimo de sus hijos, con una precisión donde la crítica de sus ideas –aparentemente impiadosa– está embebida en una ternura filial, de modo que uno termina “conociendo” al personaje paterno. Esto es un logro literario y testimonial, que pocos biógrafos profesionales alcanzan.

Tal vez menos bien entramado, pero a la postre igualmente equilibrado, es el recuerdo que el autor hace de su hermana mayor, la notable escritora Sara Gallardo. No se ocultan en este libro los “cortocircuitos” que hubo entre los dos hermanos. Las páginas 102 a 104 parecen romper la calidez del relato con una descripción sin concesiones, casi dura, de la hermana ilustre. Pero inmediatamente cita los versos que ella le dedicara de niño y luego (pp.106-108) transcribe una larga admonición que le dirige Sara: “Quiero que sepas que he tenido lo mismo que tú: el miedo de perderme... Tienes que escucharme porque vengo de tu mismo problema... Hay que abrirse, es la base de la humildad”. Y Gallardo confiesa con coraje: “Ella tenía razón”. Esta confesión está reforzada por la inclusión en la obra de las cartas de Sara Gallardo a su prima Isabel Ordóñez, cartas de juventud llenas de optimismo, donde despunta el amor a la naturaleza pampeana y, sutilmente, algo de la angustia existencial que evidenciaría la obra posterior de la novelista.

Los otros hermanos del autor también circulan por estas páginas: Guillermo (h.), Marta, Miguel y Dorotea, y la madre de todos ellos, Sara Drago Mitre, de quien Gallardo no comenta su excepcional belleza, pero la registra en varias fotografías. Delicadeza del autor como, en mi opinión, su disimulada simpatía por su hermana Marta, recordada en el soneto del hermano Miguel: “[...] y unos ojos burlones de la escuela sienesa/ combinación extraña de gaucho y vampiresa”. Enriquecen el cuadro de época muchas otras personas, cuyos nombres son útilmente recogidos en un índice final.

Estos recuerdos transcurren generalmente en la ciudad de Buenos Aires de los tiempos finales del peronismo y de la Revolución Libertadora, y en la estancia San Pedro, en la vecindad de Libres del Sur, en el partido de Chascomús. La vida de campo acompañó las primeras incursiones del autor en las ciencias naturales, en la que tanto se destacaron otros miembros de la familia. Lo ganaron luego otras aficiones: el periodismo –con prominente actuación en *La Nación*–, la literatura –donde ha tenido una muy nutrida producción– y la historia en la que ha hecho valiosas y variadas incursiones.

Supongo que sería equívoco incluir esta obra en el género “memorias”, porque ellas casi siempre importan una justificación ante la posteridad. Pero éstas son memorias de infancia y de juventud, en las que nada hay que justificar. Son vivencias, justas o injustas, obviamente subjetivas, pero auténticas. De ahí su valor y su interés.

Un hallazgo adicional del autor es el título *Geografía de la infancia*, pues una y otra tienen altos y bajos, escarpas y riberas, como —citando a Sara (p. 110)—: “[...] la llanura sin fin, del cielo inmenso, el olor a campo, a pasto, el viento... todo eso. Vos lo entendés”. Este comentarista también.

CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

GABRIELA CARETTA e ISABEL ZACCA (COMPS.), *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, Salta, Universidad Nacional de Salta (CEPIHA), 2008, 408 pp.

En la historia de la Iglesia argentina, se ha producido en los últimos años una verdadera eclosión cuyas derivaciones todavía resultaría prematuro predecir. Existen áreas más consolidadas, que pueden ser delimitadas según los períodos que abordan, como las que se concentran en el temprano siglo XIX, y otras que lo están mucho menos. El libro que reseñamos refleja claramente esta diversidad no sólo de temas y preocupaciones, sino además de maduración historiográfica.

Los trabajos que aquí se reúnen componen un mosaico muy variado donde quizás habría sólo un único elemento en común: el afán por escribir una historia de la Iglesia despojada de los prejuicios ideológicos que no mucho tiempo atrás era frecuente encontrar en esta área de estudios. Era común que la historia de la Iglesia constituyera una prenda en disputa. Empeñada por debates ideológicos, era muy difícil que lograra consolidarse. Este libro demuestra que esta etapa de debate encarnizado está finalmente —y afortunadamente— quedando atrás.

No queda claro sin embargo cuáles serán los nuevos rumbos que a partir de aquí habrán de seguirse y qué características específicas y diferentes reviste la “nueva” historia de la Iglesia a la que en este libro se refiere. Se ofrece un variopinto mosaico de trabajos en los que se exploran alternativamente distintas líneas de investigación. Entre ellas, la religiosidad popular, los estudios de género, los estudios culturales, la historia política. No obstante, las compiladoras no jerarquizan cuál de ellas es la que creen más fructífera a los fines de alcanzar una comprensión más cabal de la historia del catolicismo argentino. Si es cierto que a partir de la década de 1980 se abrió un abanico insospechado de posibilidades en este campo de estudios, restaría definir más precisamente los criterios metodológicos con los que las compiladoras trabajan,